



BIBLIOTECA

PQ 2342

M3

1891



FONDO
A. B. PUBLICA DEL ESTADO

74682

ESTUDIO

ACERCA DEL

CONDE JAVIER DE MAISTRE¹

Hemos tenido ya ocasión, en esta serie de estudios acerca de escritores franceses, de incluir en ella á más de uno que no había nacido en Francia, y de causar cierta extrañeza al lector al ver las alabanzas prodigadas por nosotros al rededor de algún nombre nuevo. Á lo menos éste —

1. Este estudio acerca del conde Javier de Maistre fué escrito por Mr. Sainte-Beuve en 1839, con ocasión del único viaje que aquél hizo á Paris en dicha época. El autor de los *Retratos contemporáneos* se apresuró á recoger, á su paso, los rasgos de la figura de aquel hombre sensible, á la vez que de aquel talento afable. Así puede decirse que este trabajo, más que juicio, es un bosquejo al natural.

el del conde Javier de Maistre — es bien conocido de todos, y no son necesarias precauciones para tratar de él. Nuestro autor no había estado jamás en París antes de este invierno; no había hecho, otra vez, sino atravesar apenas un pequeño rincón de Francia, cuando, hacia 1825, regresaba á su patria, Saboya, viniendo de Rusia, y se dirigía de Estrasburgo á Ginebra pasando por Besanzón. Habiendo permanecido desde entonces muchos años en Nápoles, en esa tierra de sol y olvido, no advirtió que, durante ese tiempo, se convertía aquí, entre nosotros, en uno de nuestros más conocidos y más estimados autores. Cuando llegó á su verdadera patria literaria, su sorpresa fué tan grande como su gratitud: se había creído extranjero, y todos le hablaban de la *Siberiana*, del *Leproso*, de los mismos que fueron sus viejos y predilectos amigos.

Es indudable, y consignarlo es complacerle, que la fama adquirida por su ilustre hermano entra por mucho en esta especie de popularidad encantadora que se destaca de su figura con tan aparente contraste. Las paradojas elocuentes, la dicción brillante y los magníficos anatemas de su glorioso hermano mayor, han provocado en torno de esta elevada personalidad una multitud de ad-

miradores ó bien de contradictores, una especie de motín apasionado, maravillado ó revuelto, una cantidad de miradas, en fin, de las cuales se ha aprovechado de soslayo, sin saberlo, la dulce y modesta estrella que las descansaba de los rayos caniculares del astro á veces ofensor y deslumbrante. Cualquiera que fuese la desigualdad de ambos cuerpos luminosos, su apariencia es tan diversa, que la más brillante no ha extinguido á la otra y más bien ha servido para hacerla resaltar. ¡Feliz y piadoso destino! la vocación literaria del conde Javier está por entero sometida á la influencia del conde José. Escribe por casualidad; le comunica, mejor, le abandona su manuscrito; le deja el cuidado de hacer de él lo que juzgue más á propósito: de antemano y á ojos cerrados se somete á su decisión, á sus censuras, y de la noche á la mañana se encuentra haber conquistado, al lado de su hermano, una modesta gloria, completamente distinta, que se refleja á su vez sobre la misma del primogénito, y cuyo tono deslumbrador parece atenuar, en cierto modo (¡oh recompensa!), comunicándole algo de su propio encanto. Fué en todos tiempos difícil cosa eso de llegar á abrirse paso el hermano menor de un gran escritor, de un hombre célebre ó sim-

plemente de un hombre á la moda, bien sea aquél un vizconde de Mirabeau, un Segur *sin ceremonias*¹, ó un Quinto Cicerón, ó bien un segundo de los Corneille. Para resolver la dificultad, no siempre basta el solo ingenio; lo más sencillo es que el corazón entre en la contienda. Federico Cuvier, estando moribundo, pidió hace cerca de un año que, por todo epitafio, inscribieran sobre la piedra de su tumba : *Federico Cuvier, hermano de Jorge*. Lo mismo diría seguramente el conde Javier en su piadoso y filial amor por su hermano. Hay que decir, con todo, á su respecto, que jamás le ocurrió representar semejante papel, ni nunca llegó á decirse que su situación en aquel sentido, era embarazosa... Ha comprendido, por el contrario, que nada era tan dulce como tener, cerca de sí, un alto abrigo para sus pensamientos, y así es cómo, á pesar de todo, él ha sabido sacar mejor partido de su situación que todos los hermanos menores de grandes literatos : ha conquistado dignamente su puesto por lo ingenuo, lo sensible y lo encantador².

1. El vizconde de Segur, para distinguirse de su hermano cuando éste fué nombrado maestro de ceremonias bajo Napoleón, y también para burlarse un poco de ello, escribía á sus amigos firmando : *Segur sin ceremonias*.

2. El más antiguo de esos piadosos hermanos á que nos referi-

Aunque, en justicia, se conceda la parte que merece á la vocación singular y declarada de los talentos, no es en verdad sin una cierta preparación general y una cierta predisposición nacida del mismo terruño natal, que, á título de escritores franceses tan eminentes como son sin duda, se ha visto salir á Rousseau de Ginebra, á Benjamín Constant de Lausana y á los de Maistre de Saboya, á estos últimos, sobre todo, que abandonaron su país para ir á establecerse en cualquiera otra parte menos en Francia. En efecto, la Saboya pertenece estrechamente y por sus antiguos orígenes á la cultura literaria francesa : dejada de lado y como olvidada sobre la orilla, su formación es la misma. Sin remontar hasta la edad media, hasta la época caballeresca en que florecía, por cierto brillantemente, bajo una serie de valientes condes, el tallo de la antigua casa soberana de aquel país, pero en donde, salvo más amplia información, la huella literaria es menos evidente; sin referirnos completamente al tiempo del buen Froissart, concretándonos á edades más

mos, es seguramente Menelao, el buen Menelao, de quien decía Agamenón : Por momentos se detiene y se niega á obrar, no porque ceda á la pereza ó á la imprudencia ; pero se queda mirándose y espera. (*Iliada*, X, 123.)

cercanas á nosotros, y después que el francés, propiamente dicho, se hubo desprendido del romance, encuéntrase algunos puntos salientes á partir de la aurora del siglo XVI: de los primeros libros franceses impresos (misterios, romances de caballería y otros) un gran número de ellos lo fueron en Chambery; encuéntrase por aquella fecha arzobispo de Turín á Claudio de Seyssel, el historiador de Luis XII é infatigable traductor: había nacido en Aix (Saboya). Emulando á Amyot en estilo mucho más que de Seyssel, el delicioso escritor Francisco de Sales, nacido en el castillo de su nombre, residía en Annecy; con su amigo el presidente Antonio Fabre, jurisconsulto célebre y padre de Vaugelás, fundaba, justos treinta años antes de la Academia francesa, una academia llamado *Florimontana*, en la cual la teología, las ciencias y también las letras estaban representadas: su convecino Honorato de Urfé formaba parte de ella¹. Habían tomado como riente emblema, y esto sin duda á propuesta del simpático santo (pues salta á la vista la analogía que entre sí guardan él y el emblema) un naranjo cargado de flores y frutos, con esta divisia: *Flores fructu-*

1. *Ensayo sobre la universalidad de la lengua francesa*, por Mr. Allou.

sque perennes. Pero sopló el viento de los Alpes; el naranjo floreció poco y no tardó en morir. Con todo, este solo pensamiento indica ya un fondo preexistente de cultura. Vaugelás, el primero de nuestros gramáticos correctos y pulcros, había venido á establecerse en Francia procedente de Saboya. Era también de allí, y allí volvió, Saint-Real, escritor conciso y, en algunos rasgos profundos, precursor de Montesquieu. Apenas hubo nunca solución de continuidad en esta serie literaria verdaderamente notable; y Ducis se jactaba muy alto en Versalles de su origen *allobroge* cuando ya, del otro lado de los Alpes, estaba á punto de dejarse oír la voz de José de Maistre¹.

Por lo que hace al conde Javier, la naturalidad es su característica; el trabajo del estilo fué para él cosa secundaria. Había leído á nuestros buenos autores; pero se preocupó poco ó nada de las dificultades que implicaba la situación de escritor en el extranjero. Sin habérselo propuesto, encontróse ser un narrador gracioso, delicado y conmovedor; sin darse cuenta de cuan raro era ello en estos tiempos, supo guardar y cultivar discre-

1. Entre los autores franceses nacidos en Saboya, hay que contar también á Mr. Michaud, autor de las *Cruzadas* y de la *Primavera de un Proscrito*.

tamente bajo todos los climas su precioso tallo de olivo ó de naranjo...

¡Dichoso hombre él, y digno de envidia, que ha conseguido ver florecer en sí el arbusto ático, sin necesitar en ningún tiempo de recurrir al abono contenido en los lodazales de Lutecio! Lejos de nosotros, en Saboya, en Rusia, bajo el cielo de Nápoles, parecía conservarse adrede para venir á ofrecernos en su harto corta visita, á la edad de cerca setenta y seis años, al hombre más moralmente semejante á sus obras que haya jamás existido, al único quizá de nuestros tiempos completamente parecido y consecuente en el alma con su pasado; cándido, ingenuo, sonriente y dulcemente suspizaz, bondadoso en extremo, agradecido y sensible hasta el llanto y la ternura de sus primeros verdores; á un autor, en fin, que se asemeja tanto más á su libro cuanto que nunca soñó llegar á ser un autor.

Nació en Chambéry, en octubre de 1763, de una noble y numerosa familia; tenía otros varios hermanos, además del que todos conocemos. Mientras que el conde José, dedicado á estudios de alto vuelo que parecían remontar á los tiempos de Antonio Favre y al siglo XVI, seguía en su carácter de magistrado y gentilhombre la carrera

parlamentaria y senatorial, el conde Javier ingresó en el servicio militar, pasando los primeros años de su juventud, así un poco á la buena de Dios, en diversas guarniciones del Piamonte. ¿Dominábanle en aquella época los gustos literarios y llenaba con ellos todos sus momentos de ocio? « En gracia á la verdad debo confesar, contestaba un día, sonriendo, á algunas preguntas mías sobre *orígenes*, que por aquel tiempo hice concienzudamente la vida de guarnición sin ocurrirme el escribir y leyendo muy raras veces; es muy probable que nunca hubierais oído hablar de mí sin la circunstancia indicada en mi *Viaje al rededor de mi cuarto*, á la que debí el estar arrestado durante algún tiempo¹. » Antes de ese ingenioso viaje, había llevado á cabo otro más atrevido y menos recluso, un viaje aeronáutico: partió, en efecto, en globo, de una campiña cerca de Chambéry, yendo á caer á dos ó tres leguas del punto de ascensión. Un arresto á causa de un desafío, un viaje á la Montgolfier: todo esto son ciertamente aventuras de la juventud. Tenía veinte y seis ó veinte y siete años y era oficial en el regimiento de marina de guarnición en Alejandría,

1. En el capítulo III, en que habla de la *lógica* del duelo.

cuando escribió el *Viaje al rededor de mi cuarto*, por más que algunas de las alusiones que contiene se refieren á una fecha posterior. Esto es debido á que guardó el manuscrito durante algunos años, y á medida que el tiempo transcurría iba añadiendo á su sabor nuevos capítulos. En una visita que hizo á su hermano José en Lausana, hacia el 93 ó 94, llevóle aquellas páginas inéditas. « Mi hermano, dice él mismo, era á la vez mi padrino y mi protector; me alabó por esa nueva ocupación que había emprendido y se quedó con el borrador, que puso en orden durante mi ausencia. Al poco tiempo recibí de él un ejemplar impreso¹, y experimenté la misma sorpresa que un padre á quien le presentan ya adulto á un hijo dejado en mantillas. Esto me produjo una gran satisfacción, y en seguida púseme á escribir la *Expedición nocturna*; pero mi hermano, á quien comuniqué mi propósito, me lo desaprobó diciéndome que yo destruiría todo el valor que podía tener el primer libro si lo continuaba; me habló de un proverbio español que afirma que todas las segundas partes son malas, y aconsejóme que me

1. Edición de Turín, 1794. En París se publicó otra edición en 1796.

diera á buscar cualquier otro asunto. No pensé más en ello. »

Al repetir la lectura de aquel agradable *Viaje*, se aprende á conocer á su autor, mucho mejor que si se confesara él mismo con nosotros directamente: la obra es de suyo, por otra parte, un modo especial de confesión, bajo la forma ambigua, mitad en serio, mitad en tono de zumba. Domina en él lo que podría llamarse un dulce *humorismo*, si bien menos marcado que en Sterne, al que recuerdan, no obstante, muchos de sus capítulos¹. Yo me inclino á ver más bien en él, por lo general, la gracia sonriente y sensible de Carlos Lamb. Sorpréndense allí las lecturas, los gustos del joven oficial, su alma cándida, natural, movable, abierta á un rayo del sol matinal, algunas rimas ligeras (más adelante hablaremos de ellas), algún pastel no menos ligero, su pasión por *pintar* y hasta, si es preciso, de disertar sobre ello: « Es el *delenda Carthago* de mi tío Tobías, » se dice él. Dante pintaba ya, como podía esto ha-

1. El capítulo xix en que deja caer una lágrima de arrepentimiento por la brusca manera con que trata á Joannetti, y el capítulo xxviii en que deja caer otra lágrima por haber hecho lo propio con Jaime, están escritos completamente al modo de Sterne.

cerse en su tiempo; Andrés Chenier pintaba también. ¿Qué más natural que manejar los dos pinceles? Mr. de Maistre ha meditado y razonado quizá mucho más acerca de aquella de ambas artes á la cual no debe seguramente su gloria: la otra la maneja sin tanto estudio y con menos conocimiento de los colores. Pero hasta para la pintura, y á pesar del aire de disertación que imprime al capítulo xxiv del *Viaje*, éste ha sido para él un medio de fijar en todo tiempo trazos preciosos, una feliz perspectiva, un valle alpestre, algún molino destacando en el horizonte, algún sendero costeano las cercanías de Nápoles, el banco de piedra en que él se sentó, en que ya no se sentará más, reminiscencias todas, en fin, de los diversos lugares que fueron para él una verdadera patria.

La suave malicia del *Viaje* se desparrama y se sigue en todas las distracciones de *la otra*, como él llama á *la bestia* por oposición *al alma*; la observación del moralista, encubierta bajo la forma de descubrimiento y de asombro, se produce y manifiesta en ellas en una multitud de rasgos que la candidez del giro no hace más que aguzar. Recuérdese, si no, ese retrato de la señora de Hautcastel (cap. xv), que, como todos los retratos y

acaso ¡ay! como todos los modelos, sonrío á la vez á cada uno de los que mira sin abandonar por esto el aire de no sonreír más que á un solo... ¡Pobre amante que se juzga ser el único mirado! Y esa rosa marchita (cap. xxxv), buscada, cogida en otro tiempo tan fresca y tan lozana en el invernáculo, un día de carnaval, con tanta emoción ofrecida á la señora de Hautcastel, á la hora del baile, y que ésta no se digna mirar siquiera, pues es tarde, la *toilette* se está terminando, faltan sólo los últimos alfileres y hay que ofrecerle un segundo espejo para examinar el efecto... « Durante algún tiempo sostuve un segundo espejo detrás de ella para que pudiese juzgar mejor de su tocado, y repitiéndose su fisonomía de espejo en espejo, observé entonces una larga serie de coquetas, ninguna de las cuales fijaba su atención en mí. En fin, ¿lo diré? que la rosa y yo estábamos jugando un triste papel... En el momento mismo en que la *toilette* comienza, el amante queda relegado al papel de marido y el baile solo disfruta la categoría de amante. »

De ese hermoso capítulo he podido extraer uno de los defectos que son ciertamente muy raros en el gracioso opúsculo: insistiendo en su último pensamiento, el autor añae que, si esa no-

che se os ve en el baile con gusto, es por la sola razón de que sois una parte integrante de la misma fiesta, constituyendo, por consiguiente, por este solo hecho, una fracción de la nueva conquista : en suma, sois una *décima* de amante. Esta *décima* aparece aquí amanerada, hay que convenir en ello. Añadamos, de paso, que esas faltas de buen gusto, son muy contadas en Javier de Maistre. En cambio, su hermano, teniendo un estilo superior, cae en ellas á menudo, y á la lengua deja comprender el rebuscamiento. Él, el autor del *Viaje*, es de ordinario la sencillez misma. Lo que le distingue entre los extranjeros que escriben en nuestra lengua y no han venido á París, es precisamente el gusto sencillo. En esto se parece á la señora de Charriere : un tal ejemplo no se había visto hasta la aparición de los de Maistre. Hámilton, siendo muy irlandés, había pasado á lo menos su juventud en la corte de Francia ó, lo que viene á ser casi lo mismo, en la de Carlos II.

No vaya nadie á extrañar ahora que yo alíe de esta manera la idea de la sencillez en el gusto con la de los centros donde éste suele ser más refinado. Hago constar un hecho; el mismo Javier de Maistre lo ha hecho observar á propósito

de su joven siberiana. « El estudio atento del mundo, dice, conduce siempre á los que lo han hecho con provecho á parecer sencillos y sin pretensiones, de suerte que se trabaja á veces mucho tiempo para llegar al punto por donde debiera empezarse. » Así ocurre que Hámilton es de gusto sencillo y fácil, como lo es el mismo Voltaire. El conde Javier ha preferido, por su parte, esa sencillez por donde uno debe empezar, sin dejar de comprender por esto aquella otra por donde se termina¹.

Volvamos al *Viaje*. Los divorcios, querellas y reconciliaciones entre el alma y *la otra* proporcionan al anable *humorista* una cantidad de refle-

1. Los leves defectos de incorrección son casi tan raros, en Mr. de Maistre como las faltas de gusto. Indico, sólo por espíritu de imparcialidad, algunos de ellos, muy ligeros, sin que por esto tenga la seguridad de que no me equivoco. Así, por ejemplo, cuando limpia maquinalmente el retrato, y su alma, durante este tiempo, vuela hacia el sol, de súbito aquélla abandona el astro radiante á la vista de los cabellos rubios : « Mi *alma*, desde el sol adonde se había transportado, sintió un ligero estremecimiento de placer... » ; *salir* (por sacar) de su bolsillo un paquete de papeles... Pero, basta : no ha muchos días venía á mis manos un epigrama del espiritual poeta epicúreo Lainez, compatriota del festivo Froissart y contemporáneo de Chapelle, á quien igualaba á lo menos por sus agudezas ; se despierta una mañana diciendo :

*Je sens que je deviens puriste ;
Je plante au cordeau chaque mot ;
Je suis les Daugaux à la piste ;
Je pourrais bien n'être qu'un sot.*

xiones filosóficas tan finas y tan profundas¹ como mejores no ha podido inspirarlas la cátedra de psicología, en todo su metódico aparato, á los analizadores de profesión. La elevación y la sensibilidad se reúnen allí en un momento formando un todo mezclado de seriedad y á la vez de enternecimiento. No hay más que leer, si no, el conmovedor capítulo XXI que se refiere á la muerte de un amigo y en que el autor habla acerca de la certitud de la inmortalidad. « Hace mucho tiempo, — dice, continuando — que el capítulo anterior presentábase ante mi pluma, y siempre lo había rechazado. Habíame yo prometido que este libro sólo retratase la faz risueña de mi alma; pero este proyecto, como tantos otros, se ha quedado sin realizar. » En efecto, la melancolía en de Maistre no es aparente, pero sólo se revela por momentos haciéndose á lo mejor traición á sí misma. Nacido en el corazón de un país austero, no se advierte en él, sin embargo, ninguno de sus nebulosos reflejos, y seguramente no podría decirse de él lo que Lamartine ha dicho de Mr. de Viguet en una de las composiciones de su último libro, en aquella en que quizá se encuentra mejor

1. Véase el capítulo x.

estereotipada el ave del paraíso en muchas de sus notas y en que uno disfruta oyendo el eco menos infiel de los tiempos pasados :

*Il était né dans des jours sombres,
Dans une vallée au couchant
.....
Des lacs déserts de sa patrie
Son pas distrait cherchait les bords,
Et sa plaintive rêverie
Trouvait sa voix dans leurs accords.*

En el conde Javier esto se ve menos y sólo se adivina. Su natural bondadoso encubre y esconde su sensibilidad y un fondo de grande seriedad y melancolía. En general, sus cualidades están veladas y semiocultas por ese natural modesto y bondadoso que le distingue. Se podría estar mucho tiempo en un salón con él, sin siquiera advertirlo; toma pocas veces parte en las discusiones generales, y no toma la iniciativa en ninguna cuestión; lo que más prefiere son las conversaciones á dos : al oírle, parece como que haya estado bajo la influencia de algún oráculo y que lo ha escuchado durante mucho tiempo. El ingenio francés se encuentra agradablemente impregnado en su ligera pronunciación de Saboya : « La pronunciación, el acento del país en que se ha nacido, ha dicho La Rochefoucauld, queda gra-

bado en el corazón y en la cabeza, lo mismo que en el lenguaje. » El pensamiento resulta á veces, al parecer, mucho más sabroso con la marca de esa pronunciación, tal como ocurre con el pan de las montañas con su gusto peculiar de sal ó de nueces.

Cuando la Saboya fué reunida á Francia, el conde Javier, que servía en el Piamonte, entendió que debía hacer renuncia de su patria, una mitad de la cual, según dice él mismo, se había anticipado á abandonarle á él. Nuestras guerras en Italia le obligaron á marcharse de allí. Emigró entonces á Rusia, no llevando consigo más que un ligerísimo bagaje literario, quizá los primeros capítulos de la *Expedición nocturna*, pero no con seguridad la *Prisionera de Pinerolo*, ni siquiera el *poema en veinte y cuatro cantos* á que se refiere en el capítulo xi de la *Expedición*, pues es sabido que nada había escrito de él y que sólo hablaba de ello por pura chanza. Llegado al Norte, su primer pensamiento fué acordarse de que no tenía más recursos que su pincel, y, como han hecho otros dignos emigrados, se preparó desde aquel momento á vivir de su producto; pero la suerte cambió: pudo conservar la espada y, sirviendo en el ejército ruso, llegó gradualmente

hasta el rango de general¹. Su destino y su corazón concluyeron por instalarle allí definitivamente, al casarse con una persona de elevadas prendas morales que llevaba grabado en la frente el gran tipo de la belleza eslava². Con ella puede decirse que había acertado á encontrar la felicidad apetecida.

Habían transcurrido veinte años desde que escribió el *Viaje al rededor de mi cuarto*. Un día, en 1810, en San Petersburgo, estando en una reunión en la cual se encontraba también su hermano, la conversación fué á parar al asunto de la lepra entre los hebreos. Uno de los concurrentes dijo que no existía ya esa enfermedad: esta ocasión condujo al conde Javier á hablar del leproso de la ciudad de Aosta que él había conocido. Hizolo con bastante calor á fin de mover el interés de su auditorio y al propio tiempo para interesarse á sí mismo en la publicación de esa historia, acerca de la cual no había dicho á nadie una palabra

1. Recibió una herida grave en el brazo derecho, en un sitio, en Georgia (diciembre de 1810).

2. La señorita Zagriatsky, camarera mayor de SS. MM. Imperiales. — Casó con ella en 1812; en 1839, á su paso por París, hallándome yo en su casa, su esposa se retiró un momento en sus habitaciones, y en tal ocasión no pudo resistir el deseo de decirme mirándola: « ¿Verdad que es hermosa? »